

las tribus de Israel, y el Señor te erigió por rey sobre Israel, y te envió en jornada, y dijo: Anda y destruye á los pecadores de Amalec, y pelearás contra ellos hasta su exterminio? ¿Por qué, pues, no has oído la voz del Señor? ¿Por qué te has dejado arrastrar del pillaje, y has hecho lo malo delante del Eterno?»

«Al contrario, repuso Saul, yo he oído la voz del Señor y he seguido la vía que El me había trazado, y he traído al rey de Amalec, Agag, y entregué á los amalecitas al anatema. Mas, el pueblo ha cogido en el botín ovejas y bueyes, primicias de los que sufrieron el anatema, para inmolarlo á Jehová su Dios en Gálgala».

Y Samuel replicó: «¿Quiere el Señor holocaustos y oblacones? ¿No desea más bien que se obedezca su voz? La obediencia vale más que ofrecer sacrificio, y escuchar vale más que ofrecer la grasa de los carneros. Desobedecerle es como pecado de adivinación; resistible es un crimen de idolatría. Porque has desechado la palabra del Señor, también El á tí te desecha para que no seas ya rey».

Dijo Saul á Samuel: «Pecado hé por haber quebrantado el mandato del Señor, y despreciado tus dictámenes, temiendo al pueblo y condescendiendo con él. Mas ruégote que sobrellevés mi pecado, y me obtengas el perdón, y vuélvete conmigo á fin de que contigo adore yo al Señor».

Pero Samuel respondió: «No volveré contigo; porque tú has desechado la palabra del Señor, y el Señor te ha desechado á tí para que no seas rey de Israel».

Volvióse Samuel para retirarse, mas Saul cogió la punta de su manto, que se rasgó. Sobre lo cual dijo el profeta: «El Eterno ha rasgado hoy también en tus manos el reino de Israel, y lo ha dado á tu prójimo, que vale más que tú. El triunfador de Israel no mentirá ni se arrepentirá, pues que no es un hombre para que se arrepienta».

Saul insistió: «Yo he pecado; pero dignate por favor honrarme delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel, y vuélvete conmigo para que yo adore al Señor tu Dios».

¡Desgraciado Saul! ¡Cuán pequeño es en su grandeza! ¡Qué poca ciencia la suya creyéndose ser tan sabio! Si hubiese cumplido con sencillez la orden que había recibido, Dios le hubiera asegurado en el trono para siempre; la gloria que él tanto deseaba, hubiese venido sobre sí. Pero no: se cree más sabio que Dios y su profeta. El precepto divino, no obstante su claridad y sencillez, es modificado y alterado por él, observa parte del precepto, é interpreta la otra á su manera, haciendo omisión de ella en realidad. Cuando el profeta de Dios le reprende, no

solamente no quiere convenir en que ha pecado, sino que sostiene que ha obrado bien. Es osado y soberbio mientras que no se le habla de Dios y de su ley; pero cuando sabe que su sabiduría, lejos de asegurarle la autoridad real y la gloria que ambiciona, va á hacerle perder una y otra, entonces confiesa que ha faltado, entonces se excusa con el pueblo y suplica al profeta que repare su falta. Siente no ya haber pecado, sino su castigo: el haber ofendido á Dios no es lo que le inquieta; lo que siente es el no ser honrado de los hombres; si insta tan vivamente á Samuel, si le desgarrá su manto, si le obliga en cierta manera á que vaya con él para adorar al Señor, no es por otra causa más que por ser honrado delante del pueblo. ¿Extrañará, pues, ahora que Dios rechace á un rey de este carácter, aunque no fuera más que para que sirviera de lección á los demás?

La historia de la humanidad nos da cuenta de muchos caracteres análogos al de Saul. Como el primer rey de los judíos, otros muchos abrazan la ley de Dios, porque en ella encuentran su ventaja: ella los presenta como á ministros de Dios sobre la tierra; manda hacia ellos respeto y obediencia. Pero así como el primer rey de los judíos, lejos de cumplir con sencillez la ley divina, la modifican y la alteran á medida de su política; acatan con respeto una parte, y rechazan la otra; la respetan como particulares, despreciándola como monarcas ó soberanos, y cuando el Pontífice, que en la Iglesia de Dios reemplaza, ya á Aarón, ya á Samuel, les haga recriminaciones, no solamente no convendrán en que tienen culpa ó que han delinquido, sino que sostendrán con altanería que obran bien, que comprenden la ley de Dios mejor que él; que sería una locura quererla observar en todo; que debe necesariamente ser corregida según las máximas del estado; pues de otra manera perderían su honor y su corona. Pero cuando con el tiempo este mismo Pontífice les hace ver que precisamente á causa de esto van á perder uno y otro, y cuando ven en efecto que sus tronos se cimbrean y que han de hundirse al menor soplo; cuando ven que no se respetan sus leyes, como tampoco ellos respetan la ley de Dios; cuando ven á una docena de reyes expulsados de sus reinos, andando errantes de comarca en comarca, entonces convendrán en que han faltado, no ellos, sin embargo, sino el pueblo; el pueblo será el que tendrá la culpa de todo el mal. Entonces este mismo Pontífice, cuyas reprensiones han despreciado y cuya autoridad han querido desconocer, le suplicarán que sobrelleve su pecado y que repare sus imprudencias; que si él no puede ó no quiere acceder, ya le harán violencias, y le agarrarán del manto, y se le destrozarán para obligarle á rendir respeto á la religión

y á honrarles delante de sus pueblos. Pero si no tratan de satisfacer á Dios más que Saul, la condescendencia ni las lágrimas del Pontífice no las salvarán. ¡Cuántos Sumos Pontífices no han alargado sus manos paternas á las lágrimas quizás hipócritas, de los que ocupaban tronos y éstos no obstante se han derrumbado, siendo estos derrumbamientos el cumplimiento exacto de las profecías en sus amorosos avisos por aquéllos pronunciadas!

En los collados que rodeaban la antigua ciudad de Carmelo tenía sus haciendas el opulento Nabal, marido de la hermosa Abigail que después fué esposa de David. Más tarde, el rey Ozías poseyó extensos viñedos en la misma comarca, y aun en la época de Eusebio existía como una aldea con un puesto militar romano. David anduvo errante por sus alrededores cuando huía de la cólera de Saul.

Estando David en el bosque de Hareth, vinieron á decirle: «Mira que los filisteos están atacando á Ceila, ciudad de la tribu de Judá, y están saqueando las eras».

Consultó al Señor, diciendo: «¿Iré yo y heriré á los filisteos?»

Y el Señor dijo á David: «Ve y hierre á los filisteos y salvarás á Ceila».

Pero las gentes que estaban con David le dijeron entonces: «Mira que nosotros estamos aquí en medio de la Judea, y tenemos por qué temer; cuánto más si fuéramos á Ceila con el fin de atacar á las tropas de los filisteos en las fronteras».

Consultó nuevamente David al Señor, y el Eterno le respondió: «Levántate y vete á Ceila, pues yo entregaré á los filisteos en tus manos».

Marchó, pues, David y su gente á Ceila, y peleó contra los filisteos y llevóse sus ganados, y salvó á los habitantes de Ceila.

Mas cuando Abiathar, hijo de Aquimelec, huía hacia David, se llevó consigo el ephod ó sobrepelliz del gran sacerdote, con el que consultaban al Eterno.

Cuando Saul supo que David había venido á Ceila, dijo: «Dios me le ha entregado en mis manos; está cogido, porque se ha metido en una ciudad que tiene puertas y cerrojos». Mandó á todo el pueblo que marchara secretamente contra Ceila, y que sitiara á David y á sus gentes.

Pero David supo que Saul preparaba secretamente su ruina, y dijo al sacerdote Abiathar: «Revístate el ephod,» y David dijo: «Señor Dios de Israel, tu siervo ha oído que Saul dispone venir á Ceila para destruir esta ciudad por mi causa. ¿Acaso los de Ceila me pondrán en manos de Saul, y acaso descenderá Saul como lo ha oído tu siervo?»

Y respondió el Señor: «Descenderá».

Y dijo David: «¿Acaso los de Ceila me entregarán á mi y á los que están conmigo en manos de Saul?»

Y respondió el Señor: «Os entregarán».

Levantóse entonces David con los suyos, que eran como unos seis cientos hombres, y saliendo de Ceila, andaban de una parte á otra sin asiento fijo, y fué dado aviso á Saul que David había huído de Ceila y se había salvado, por lo cual disimuló que salía.

David permanecía en el desierto en los lugares seguros, especialmente en la parte meridional de Judá, sobre la montaña del desierto de Zif, que estaba cubierto de bosques. De estos antiguos bosques no se ven ya más que restos, y ellos nos recuerdan la alianza que David y Jonathás hicieron en presencia del Señor jurándose la tierna amistad que los unió hasta la muerte. Pues leemos en el libro primero de los reyes que mientras David andaba por aquellos lugares retirados, once valientes de la tribu de Gad fueron á buscarle. Eran diestros para el combate, y manejaban el escudo y la lanza, su rostró era fiero como el del león, y en la carrera igualaban á los cerbatillos de las montañas. La Escritura nos ha conservado sus nombres, y en lo sucesivo fueron los principales jefes del ejército.

Una visita más inesperada vino á servir de consuelo al fugitivo. Jonathás, hijo de Saul, se levantó y fué á buscar á David al bosque, y confortó su mano, es decir, su valor en Dios, y le dijo: «No temas, pues la mano de mi padre Saul no te hallará, y tú reinarás sobre Israel, y yo seré el segundo después de tí, mi padre sabe esto también». É hicieron alianza los dos ante el Eterno. David permaneció en el bosque, y Jonathás se volvió á su casa.

Mas lo que sostenía á David mucho más que la amistad de Jonathás, era la amistad de Dios. Este es su apoyo, su fuerza, su esperanza, su consejo y su refugio. De Jonathás se vale Dios para que diera testimonio de su inocencia contra Saul: «Señor Dios mío, en tí esperé; sálvame de todos los que me persiguen y librame, no sea que alguna vez como león, arrebaté mi alma cuando no haya quien me redima ni quien salve. Señor Dios mío, si yo hice eso, si hay iniquidad en mis manos, si pagué con mal á los que lo hacían, caiga con razón bajo mis enemigos sin esperanza. Persiga el enemigo á mi alma, alcáncela y pise en la tierra mi vida, y reduzca á polvo mi gloria. Levántate, Señor en tu ira, y muestra tu grandeza en medio de mis enemigos sin esperanza. Y levántate, Señor Dios mío, según el precepto que tú ordenaste; y la multitud de los pueblos te rodeará, y por amor de ésta vuelve á lo alto;

el Señor juzga á los pueblos. Júzgame, Señor, según mi justicia y según la inocencia que hay en mí. Se consumirá la malignidad de los pecadores y encaminarás al justo, oh Dios, que escudriñas los corazones y los riñones. Justo es mi auxilio que viene del Señor, el cual salva á los rectos de corazón. Dios, juez justo, fuerte y sufrido: ¿Acaso te enoja nada? Si vosotros no os convirtiéreis, vibrará su espada, extenderá su arco y lo preparará. Y él ha preparado vasos de muerte, ha hecho sus saetas para los que arden. Mira como él parió la injusticia, concibió el dolor y parió la iniquidad. Hoyo abrió, cavólo, y cayó en el foso que hizo. Su dolor se volverá contra su cabeza, y sobre su mollera descenderá su iniquidad. Glorificaré al Señor según su justicia, y cantaré el nombre del Señor Altísimo».

Este hombre que David no nombra, y que ni siquiera le califica de enemigo, es evidentemente Saul. Sin cesar trabajaba en la iniquidad, sin cesar concebía malos designios y sin cesar estaba concertando nuevas estratagemas para perder á David; pero todos estos designios abortan, todas sus estratagemas quedaron frustadas, y con todas sus maquinaciones no pudo lograr más que la vergüenza de ser siempre burlado. Cava una fosa, y en ella sucumbe; quiere perder á David, y lo que consiguió es ensalzarle; quiere levantar su propia casa y la pierde.

A pocos kilómetros de los desiertos de Zif y de Maón encuéntrase la ciudad de Hebrón. Entre vides y olivares se alzan eminentes torres. Estas son, sin duda, las *torres de los guardas* tantas veces citadas por la Escritura, las cuales dan un aspecto singular á la comarca, así como una idea poco favorable de la seguridad que en ella se disfruta.

«¡Cuántas veces en mis correrías por Palestina, dice el abate Mislín me he acordado de estas palabras del Salvador: Un hombre plantó una viña, la rodeó de una cerca y edificó en ella una torre! Todo eso hace ya más de dos mil años».

«Al entrar en Hebrón no vi nada, continúa el citado abate; parecía-me que llegaba á una ciudad despoblada, pues no se percibía luz ni rumor alguno. Precedido de un mazo que llevaba el caballo, bajé por una cuesta resbaladiza, empedrada por los primeros reyes de Israel, desde cuyo tiempo se conservaba de la misma manera; y habiendo así andado media legua descubrí una hoguera al pie de una colina con tres tiendas en derredor: era nuestro campamento..... Hallábame en la tierra de los hijos de Het, y como ellos descansaba en el suelo frente al sepulcro de Abraham».

Poco hay que ver en Hebrón, por esto son pocos los que visitan aquella ciudad. Sin embargo el que quiere pisar las primeras huellas

de la humanidad, estudiar los restos de la vida patriarcal, recordar sus peregrinaciones y experimentar las deleitosas impresiones de aquella vida primitiva, debe recorrer esas olvidadas comarcas. No hay país alguno en Oriente, diremos parafraseando á M. Poujoulat, que cause la impresión íntima y profunda que se experimenta al llegar al territorio de Hebrón, y esto debido únicamente á los recuerdos del Génesis. Para nosotros, hombres de los tiempos postreros, moradores de un mundo caduco que cae en ruinas, es gratisimo abrir el libro de la vida en su página primera y sentarnos en las fuentes del gran río de la humanidad. Si desde lo alto de la colina de Mambré, donde con el pensamiento plantamos otra vez las tiendas de Abraham, llevamos la mirada á las naciones de la tierra, conocemos entonces cuánto ha andado el tiempo. Feliz privilegio del observador es recorrer así, haciendo su camino en las regiones remotas, toda la cadena de los siglos; cada una de sus observaciones forma un capítulo de su historia, y al reflejo de sus miradas parece que las generaciones que fueron sacuden el polvo y le gritan: Aquí estamos. ¡Cuán hermosos son los recuerdos que nos remontan á los días de la inocencia en que Dios hablaba á los hombres y los angeles visitaban la tierra! Las escenas sublimes de la naturaleza elevan el espíritu al Criador: en la cumbre de una montaña, en alta mar, en el corazón del desierto, el hombre cree más en la bondad de Dios porque más la necesita. Y ¿dónde puede comprenderse mejor que en el país que fué cuna del género humano?

Hebrón es una de las ciudades más antiguas del mundo. Dicese en la Sagrada Escritura que fué edificada siete años antes que Tanis; capital del Bajo Egipto, y si hemos de dar crédito al historiador Josefo es más antigua que Menfis. Por Hebrón pasaba una de las principales calzadas de la Palestina, y desde allí, dividiéndose en dos, guiaban la una á Egipto y á Petra la otra. Al Norte de la ciudad consérvanse aún vestigios de su empedrado.

Años atrás enseñábase en este camino una casita que llevaba el nombre de *hosteria de la Virgen*, debido á la tradición aun reinante de que á aquel punto llegó un día, á la caída de la tarde, un hombre venerable acompañado de una joven que llevaba en brazos un niño, y pidieron hospitalidad para pasar la noche. Demasiado pobres para hospedarse en las ciudades, no se habían atrevido á detenerse en Hebrón; y además, como andaban fugitivos, temerosos de la ira de un déspota, procuraban apartarse de las grandes poblaciones. Aquella familia fugitiva era la formada por Jesús, María y José.

Para muchos en Hebrón fué hecho Adán de la tierra del campo de-

nominado *Campo Damasceno*, la cual es roja; y de ahí su nombre Adán, derivación de una raíz hebrea que significa rojo. No se opone esta opinión al Génesis, toda vez que Adán no fué formado en el paraíso terrenal sino colocado en él después de ser formado en otra parte. Los peregrinos orientales no dejan de llevarse consigo puñados de aquella tierra, por la que sienten gran veneración, los moradores hacen con ella pastillas que envían y venden por todas las regiones de Oriente. En las inmediaciones de Hebrón muéstrase también la comarca donde, según algunos autores, se refugiaron Adán y Eva después de su prevaricación, alejándose del paraíso en que fueron felices.

Relatan muchos peregrinos de la Edad Media, era conocido y visitado en las cercanías de Hebrón el lugar en que Cain dió muerte á su hermano Abel, así como era también visitada una caverna abierta en las rocas, donde Adán y Eva lloraron la muerte de este hijo por espacio de cien años. Los collados que embellecen el paisaje fueron los primeros en adornarse con pámpanos y dorados racimos, y Noé, embriagado con el jugo de la vid, se durmió á la sombra de los terebintos que proyectan su apacible sombra por los alrededores de Hebrón.

Hasta aquí las tradiciones. Anudemos ahora el hilo de los acontecimientos que sabemos tuvieron lugar en Hebrón.

Cuando Abraham recibió del Señor la orden de salir de Caldea, dirigióse á la tierra de Canaán, y habiéndose separado de Lot, que se estableció en la llanura donde actualmente se extiende el mar Muerto, «alzó su tienda, se puso en camino y fué á morar junto al valle ó encinar de Mambré, que está al pié de la ciudad de Hebrón, y edificó allí un altar al Señor». Vivió largos años en esta tierra é hizo alianza con Dios.

Aquí aconteció también la historia de Agar, que con Ismael se retiró al desierto de Bersabée, situado á algunas leguas al Sud de Hebrón.

Nos dice la Sagrada Escritura que Sara murió á la edad de ciento veintisiete años en la ciudad de Arbée, llamada después Hebrón, en la tierra de Canaán, y vino Habraham para las ceremonias fúnebres derramando lágrimas; y cuando hubo acabado los oficios del funeral, que serían de hacer embalsamar su cuerpo y llorarla por espacio de setenta días, habló á los hijos de Heth, ó sea á los hetheos, llamados así los vecinos de Hebrón, diciendo: «Soy entre vosotros un advenedizo y un extranjero; dadme la posesión de un sepulcro en medio de vosotros, á fin de que entierre la que he perdido».

Los hijos de Het respondieron: «Oyenos, Señor, tú eres entre nosotros un príncipe de Dios ó un príncipe grande: entierra tu difunto en

la que mejor te pareciese de nuestras sepulturas, que no habrá nadie que pueda impedirte el colocar en su sepultura á tu muerto.» Abraham era extranjero en aquella tierra, pero poseía en ella muchas riquezas. Motivos y circunstancias que debían mover los celos y envidia de aquellos moradores. Pero la virtud señalada de Abraham le había ganado con todos un gran concepto, veneración y estima; y así vemos le trataron con el mayor obsequio y respeto.

Abraham, luego que oyó esta proposición se levantó del lugar en donde estaba sentado, y para mostrarse agradecido á la buena voluntad que le manifestaba, hizo á todo el pueblo una profunda reverencia, inclinándose hasta la tierra, según la costumbre de aquellos tiempos, y les dijo: «Si os place que entierre á la que he perdido, escuchadme é interceded por mí con Efrón, hijo de Seor, á fin de que me dé la cueva doble, *Macpela*, que tiene al extremo de su heredad, cediéndomela en presencia vuestra por su justo precio y quede así mía para hacer de ella una sepultura.»

Efrón, que como uno de los hetheos asistía á la junta del pueblo, se levantó, y dijo á Abraham: «Señor, perdonad y escuchad lo que os voy á decir, no me parece bien la propuesta que acabais de hacer, de que os ceda por su justo precio la cueva doble que hay á la extremidad de mi campo. No me parece bien, repito, esto que proponéis. El campo todo entero, y la cueva doble que hay en él, está á vuestra disposición, todo es debido á vuestra virtud, y así no se hable más de precio, de esto me sean testigos todos los de un pueblo que me oyen. No os detengais en hacer el sepulcro que deseais, para enterrar en él la persona que os ha faltado, y á todos los demás que gustareis.»

Abraham hizo una profunda reverencia y contestó á Efrón á presencia de la multitud de pueblo que le rodeaba: «Suplicote me oigas: Yo daré el precio del campo; recíbelo, y de esta manera enterraré en él á mi difunto.»

A esto respondió Efrón: «Veo, Señor, que estáis empeñado en no admitir la oferta que os hago; y pues queréis que sea vuestra por su justo precio, vengo bien en ello por no daros pesar. El terreno de que se trata, vale cuatrocientos siclos de plata; ¿pero qué cantidad es esta para que se hable de precio entre los dos? Tomad el campo, y haced en él el sepulcro para nuestros difuntos.» Lo cual oído por Abraham, pesó el dinero que había determinado Efrón, á presencia de los hijos de Heth, es á saber, cuatrocientos siclos de plata en moneda corriente. Y el campo que antes era de Efrón, que mira hacia Mambré, tanto el campo como la cueva y todos sus árboles, en todo su término al rededor, pasó